

PEÑARROYA-PUEBLONUEVO, ENTRE LA MINA Y LA MUERTE

ME duelen estos pueblos perdidos de España que se tuestan al sol sin un rayo de esperanza. Estos pueblos que lo han supuesto todo y ahora, por azares administrativos, se ven morir lentamente, faltos de resignación y ahogados de la más honda pena. Peñarroya-Pueblonuevo, la ciudad mayor del norte de la provincia de Córdoba, con una zona comarcal de ciento veinticinco mil habitantes, es uno de esos pueblos que agonizan lentamente, que se sienten desfallecer, sin que haya una mano potente que los levante.

Peñarroya-Pueblonuevo duerme, vegeta, sueña irrealidades, a muy pocos kilómetros de Fuente Obejuna, de Hinojosa del Duque, de Granja de Torrehermosa, de Azuaga, pequeños pueblos preñados de historia que siguen viviendo por ser eminentemente agrícolas y ganaderos, mientras que la ciudad de Peñarroya-Pueblonuevo, con sus riquezas mineras y su industria, se apaga cada día más. Todos los pueblos de los alrededores cuentan con la Historia en sus espaldas, algunos con la honrosa carga de Lope en la Literatura, y todos hablando de añejos recuerdos que se pierden en la noche de nuestro Medioevo. Sólo Peñarroya-Pueblonuevo sigue ahí, con su escaso siglo de vida y su flamante título de «ciudad», concedido el diecisiete de julio de 1928, como una prueba del «Real aprecio» de Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII «por el creciente desarrollo de su agricultura, industria y comercio». Dentro de la provincia cordobesa, acaso sea la ciudad mejor concebida urbanísticamente, la más moderna, la de ambiente más cosmopolita. Pero Peñarroya-Pueblonuevo nació a la sombra de la Sociedad Minera y Metalúrgica de Peñarroya y a ella ha debido su auge, su nombre, su fama laboriosa e industrial, su centro minero del que hizo gala en el primer tercio de nuestro siglo. Ahora, con el desmembramiento de la Sociedad Minera, todo se viene abajo, y la ciudad, sin posibilidades agrícolas y ganaderas, con las minas cerradas y la industria en declive, se mueve solicitando una ayuda, un golpe de gracia que logre colocarla de nuevo en el sitio preclaro donde con tanta holgura se desarrolló. Solicita la mina y la industria porque detesta la muerte.

Peñarroya-Pueblonuevo tiene un término de 6.603 hectáreas, de las que únicamente están dedicadas al laboreo anual unas 1.700. ¿Puede subsistir con esto una población cuyo censo se cifra en los veinte mil habitantes...?

Dentro de diez años se cumplirá un siglo del nacimiento de la Sociedad Minera y Metalúrgica de Peñarroya, que empezó ocupándose de la minería y de la metalurgia del plomo. Se construyó una fundición en Peñarroya, y en el primer año se produjeron ya 3.000 toneladas de plomo metal,

procedentes de 4.000 toneladas de mineral, extraídas de las propias minas de la Sociedad. En 1892 las producciones alcanzaron las cantidades de 20.000 toneladas de mineral y 29.000 de metal. Por otro lado, la compañía del cercano pueblo de Belmez alcanzaba 120.000 toneladas al año, en su producción carbonífera... Fue en este mismo año cuando se fusionaron las dos sociedades. Se trabajaba a pleno rendimiento. Las minas de Berlanga, «Los Eneros», «El Triunfo», en Azuaga; las de «Santa Bárbara» y «La Juanita», en Granja de Torrehermosa, fueron el abastecimiento de aquella primera época que trajo de su

He recorrido sus calles, centro comercial de todos los pueblos vecinos, y he visto un sello de tristeza en los ojos de sus habitantes. La soledad ha penetrado en su bien lograda simetría. En la zona minera, las casas de los antiguos productores, solitarias, empiezan a derrumbarse. Calles enteras se vienen abajo. La vida industrial y fabril se ha detenido y los chimeneones de ladrillo oscuro hacen tiempo que dejaron de arrojar su canción de trabajo hecha humo de fábrica... Al fondo, el monte de Peñarroya con su cruz clavada en la roca, recordando tal vez el paso de Alfonso XI el Justiciero, en 1316, parece que está rezando... A este lado, lo que antaño fue aldea del Terrible. En los alrededores, el marcado carácter de otra época. Hay en esta ciudad, que apenas tiene un siglo, demasiados recuerdos agolpados: la separación de la aldea de Pueblonuevo del término de Belmez, en un escrito firmado en su calidad de Regente por la Reina Madre Doña María Cristina; la fusión de Peñarroya y Pueblonuevo; la colonia francesa allí asentada; aquel Centro Filarmónico, fundado en 1908, al que Don Alfonso XIII concedió el título de Real; la creación de



mano la creación de Peñarroya-Pueblonuevo y el nacimiento de un «polo de desarrollo» que hoy, desgraciadamente, tiende a desaparecer. Se formó un complejo industrial que contaba con la «Yutera de Peñarroya», que producía sacos de tejidos de yute, esparto y papel; la «Papelera del Sur», para la producción de papel de envolver y cartón ondulado, así como sacos para envases de cemento, que ya ha desaparecido; la fábrica de abonos, con producción de 25.000 toneladas métricas de fertilizantes fosfatados, nitrogenados y potásicos, que ha sido trasladada a Sevilla. La de productos refractarios, que obtenía ladrillos y piezas refractarias de silicoaminosa y sílicea, también ha desaparecido. La fundición de plomo, que obtenía plomo dulce, mata cobriza, antimonio y plata en forma de triple aleación, ha sido cerrada, como también han sido cerradas las fundiciones de hierro y de acero... ¿A dónde va Peñarroya-Pueblonuevo? ¿A la muerte...?

sus Escuelas de Trabajo, seis academias, tres bibliotecas, dos casinos... Todo empieza a pasar al recuerdo en esta ciudad moderna de solera cordobesa. Peñarroya-Pueblonuevo se muere por no tener ayuda. ¿Es que vamos a dejar que se arruguen para siempre las lises de su escudo y que el pico y la pala y el monte de su heráldica se oxiden de pura inutilización y adorno, mientras una ciudad y unos hombres se quedan aguardando? De cara al nuevo Plan de Desarrollo, ¿no sería posible revivir unos centros, rebosantes de riqueza ardiente, que han sido inexplicablemente abandonados? ¿Es que vamos a dejar que se mueran los mejores pueblos de nuestra España?

Peñarroya-Pueblonuevo sigue ahí. Dormida en el verano, agonizando al sol sin un rayo de esperanza. Su corazón late entre la incertidumbre de la vida de la mina o la muerte del abandono.

Santiago CASTELO